

LAS EXPLORACIONES ESPAÑOLAS EN BUSCA DE ELDORADO Y LA CONSTRUCCIÓN MÍTICA DE LA ALTA AMAZONIA (1538-1560)

FRANCISCO JAVIER ULLÁN DE LA ROSA

Más incluso que la sed científico-racional de conocimiento geográfico, que la búsqueda mercantilista de nuevos mercados, que el impulso imperialista de conquista o el imperativo religioso-moral de extender la verdad evangélica por toda la tierra, el gran motor de las exploraciones, no sólo españolas, sino occidentales en América durante el siglo XVI lo constituye la atracción fatal hacia utopías arquetípicas que anidaban en el subconsciente de unos europeos aún más cercanos a Joaquín de Fiore que a Erasmo de Rotterdam, el mito del milenio bajo múltiples formas, en una palabra. La mentalidad de ese siglo, a caballo entre las fantasías utópicas bajomedievales y la revolución racionalista en curso, asoció al exótico y desconocido nuevo continente, para cuyas proporciones geográficas y culturales el europeo no tenía un instrumento medidor de referencia, toda su batería de arquetipos míticos medievales, redoblada por el renacer renacentista de los mitos de la Antigüedad clásica. Allí se quiso encontrar la Fuente de la Juventud, las Siete Ciudades encantadas, el Paraíso terrenal, el reino de las Amazonas (**Pérez, 1989: 65**). Quizá el más materialista y cercano a los parámetros realistas de todos esos sueños americanos, pero también el más polifacético, fue el de Eldorado, ese mítico reino indio de riquezas auríferas inagotables que los europeos buscaron por las cuatro esquinas de Sudamérica.

En la Alta Amazonia fue el resplandor de los oros míticos del Eldorado, junto con otros cantos de sirena como el del País de la Canela (**Latorre, 1995**) o el de las propias Amazonas de las que toma su nombre el río y la selva, el combustible que empujaba a los conquistadores a internarse por aquellas inhóspitas regiones en durísimas expediciones contra toda lógica. La existencia del Amazonas se conocía desde 1499, fecha en la que tres expediciones casi simultáneas (Pinzón, Vélez y Diego de Lepe), buscando un paso hacia la región de las especias, arribaron a la desembocadura del río, al que se empezó a conocer como Marañón, Río Grande o el Mar Dulce (**Vieitez, 1992**). Los españoles quedaron maravillados por la grandiosidad del río pero ninguna expedición se organizó para remontar su cauce en los años siguientes: Casi medio siglo separa el descubrimiento del Amazonas de sus primeros intentos de exploración. Según María Teresa Pérez la razón de este olvido hay que buscarla en la atención que acapara para los conquistadores la búsqueda del estrecho del Pacífico hasta 1522 y la conquista del Perú seguidamente (**Pérez 1989: 23-24**). Estos primeros intentos, en contra de lo que

cabría suponer, tendrán como punto de partida la cordillera andina, desde donde el acceso era más difícil, y no su desembocadura, lo que en principio hubiera parecido más lógico. La razón no es otra más que la que ya apuntamos: la incursión temprana en el Amazonas lejos de estar guiada por ninguna estrategia racional de exploración científica o de conquista y colonización del territorio se inscribe dentro del *espíritu caótico de la epopeya aventurera* (Santos, 1980: 57) de herencia medieval, cuya pretensión última era la búsqueda de míticos territorios rebosantes en oro y especias que la sed aurífera y específera de los conquistadores españoles del Perú, alentada por la propia imagen de fascinación que los indígenas andinos sentían hacia la selva como su propia *terra incognita*. Es este razonamiento utópico, este ansia ciega de conquista milenarista, el único que puede explicar que, al contrario de lo que fue común en la historia de las exploraciones de otros grandes ríos, la cuenca alta del Amazonas fuera explorada antes que su curso bajo, que era navegable, a pesar de las terribles penalidades que suponía el descenso por las abruptas laderas boscosas de los Andes. En esta misma lógica utópica las primeras descripciones del río Amazonas, de su geografía y de sus gentes, poco tienen que ver con el relato de un geógrafo o de un etnólogo y mucho con el de los escritores tardomedievales y postmedievales de relatos fantásticos, con las gestas descritas en las novelas de caballería. Antes de conocer la Amazonía real, Occidente conoció una Amazonía mítica construida por las leyendas orales creadas sincréticamente por conquistadores e indígenas, como la de Eldorado, o por la pluma de ciertos expedicionarios de prolífica (y probablemente, como veremos, intencionada) imaginación (Ainsa, 1992). Una Amazonía mítica de cuya existencia previa a la Amazonía real nos ha legado la historia su nombre: el río de las mujeres guerreras de la mitología clásica que jamás existieron sobre la faz del planeta.

En el Amazonas, los españoles emprenderían con renovado esfuerzo su caza hasta entonces frustrada a la utopía (frustrada porque las riquezas reales encontradas entre los chibchas o los incas no habían ciertamente superado la fastuosidad virtual de aquellos reinos imaginarios que tenían por existentes). Los conquistadores no desesperaban de encontrar en esa última frontera inexplorada del continente aquellos lugares cuya búsqueda ya había impulsado y propiciado otras conquistas (Colombia, Venezuela, Perú), mitos como el del País de la Canela pero sobre todo el de Eldorado, que hasta aquel momento se resistían, como fantasmas escurridizos, a sus esfuerzos de rastreadores de tesoros. De entre todos los mitos sobresale precisamente ese de Eldorado por su omnipresencia y por su carácter proteico, su capacidad de transformarse y generar múltiples variantes a lo largo y ancho del continente. El mito nace de una práctica ceremonial que llevaban a cabo los muiscas cerca de la actual Bogotá: la coronación de sus jefes cubiertos de polvo de oro en la laguna de Guatavita. La historia de El Hombre Dorado, de donde deriva el término, llegó a las costas de Venezuela en 1527 de grupo indio en grupo indio, transformada y sobredimensionada, en forma de mito de un país dorado o cubierto de oro, treinta años después de que al parecer la práctica desapareciese (Cobo, 1987). Una verdadera carrera se desató entre los europeos recién llegados por encontrar ese Eldorado: Los Welser de Venezuela lanzaron varias expediciones a las costas de Nueva Granada en busca de ese lugar en 1529 y 1530, exploraciones que no dieron fruto y que llevaron a los conquistadores a la conclusión de que Eldorado debía de hallarse en el altiplano cundinamarqués. En 1536 tres expediciones parten a la exploración y conquista de Cundinamarca y Boyacá cegados por el brillo del mito: Jiménez de Quesada desde el Magdalena, Belalcázar desde Quito y Federmann desde Coro. Belalcázar encontró Guatavita pero no al Hombre Dorado. A cambio de ello había conquistado toda la actual Colombia andina para la corona española.

Podríamos, pues, decir en justicia que Colombia nació de un sueño o gracias a un sueño.

Pero la exploración y conquista de Cundinamarca no acabó con la historia de Eldorado. Este no podía morir mientras no muriera en el imaginario de quienes lo habían construido. La conclusión para los conquistadores que subieron hasta las orillas de Guatavita era que el Hombre Dorado y el opulento reino de riquezas con el que se le asociaba debían haberse trasladado a algún lugar más al Este, en las selvas impenetrables y desconocidas. Esta traslocación del mito venía a añadirse a la nacida unos años atrás sobre el país del Meta, otro lugar utópico, cuyo origen se sitúa en las expediciones para descubrir las fuentes del Orinoco: Diego de Ordaz oye decir en 1531 que *el Orinoco tenía su origen en un lago y que el camino que a ese lago conducía, pasaba por una provincia llamada Meta que, según se decía, era fabulosamente rica en oro* (Lummis, 1987: 13). En los años siguientes el mito de Eldorado y el del Meta se fusionarán en uno solo y el fracaso de la búsqueda de este en la zona andina impulsaría a buscar Eldorado en la inmensa región amazónica. En efecto, las primeras expediciones españolas al área del Alto Amazonas no tienen lugar hasta que no finaliza la conquista del Perú y una vez que se ha probado inútil buscar Eldorado en la esquina noroeste del continente.

Estas entradas fueron protagonizadas por capitanes menores que habían llegado tarde al reparto de las riquezas y encomiendas del Perú. Mercadillo, un capitán de Hernando Pizarro, hermano del conquistador del Perú, fue el primero en 1538 en internarse por el río Huallaga abajo hasta llegar al Marañón, siendo el primero en alcanzar lo que en el siglo XVII se denominaría Provincia de Mainas, en alusión a una tribu de indios de tal nombre.

Con intención de encontrar el País de la Canela, lugar mítico que señalaban los incas como riquísimo en dicha especia, tan apreciada entonces en la sociedad europea, partieron el mismo Hernando Pizarro y su lugarteniente Francisco de Orellana de Quito, en 1541, bajando por el río Coca y por el Napo. Pizarro regresó derrotado por la selva y sin haber encontrado el mítico lugar pero Orellana (Latorre, 1995) y unos pocos, descolgados de la expedición, protagonizarían la primera navegación completa del río cuyo relato conocemos a través de uno de los miembros de la misma, Fray Gaspar de Carvajal, en su *Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande descubierto por el capitán Francisco de Orellana*.

Esta crónica, más literaria que realista, jugó un papel crucial en esa construcción mítica de la Amazonía que analizamos. Si bien la crónica es prolija en la descripción de aventuras y desventuras, Carvajal no aporta demasiada información útil sobre las sociedades indígenas o las tierras por las que pasó la expedición. Tampoco menciona que haya encontrado Eldorado pero ofrece muchos datos para la asociación inconsciente, por parte del público lector de la época, de esas regiones con el mismo. Una de las cosas que llama poderosamente su atención es la alta densidad poblacional de las sociedades ribereñas, que el cronista sin duda exagera con creces¹. En el imaginario tardomedieval del cronista, tierras densamente pobladas implicaban en buena lógica señoríos ricos y poderosos y así las apreciaciones de Carvajal sobre la densidad de

¹ Carvajal estimaba el poder militar de la jefatura de Machiparo en 50.000 hombres (Carvajal 1992 [1542]: 54).

población y el potencial militar de los pueblos ribereños contribuyeron a la construcción de esa Amazonía mítica que seguiría impulsando nuevas empresas. Es en estas descripciones donde aparece por primera vez la palabra omagua, nombre que el fraile da a una de las sociedades de jefatura que la expedición encuentra en su camino. De entre todos los cacicazgos que describe Carvajal sería este de Omagua el que quedaría grabado en la memoria de sus lectores coetáneos, que lo asociarían automáticamente al mito de Eldorado (**Carvajal, 1992 [1542]: 64**). Esta asociación entre población y riquezas, que ejemplifica el cacicazgo de Omagua, no es de ninguna manera gratuita. De la narración de Carvajal se infiere que las poderosas provincias fluviales son sólo reflejos de riquísimos países situados en la tierra firme de los cuales la expedición sólo tiene noticias indirectas (**Carvajal, 1992 [1542]:40-50**). No se menciona explícitamente Eldorado pero es evidente que ese paradigma subyace en toda la narración.

Según María Teresa Pérez todas estas alusiones en el relato de Carvajal obedecen a una doble estrategia premeditada. El libro, por más fantástico que pueda aparecer a los ojos de hombres de hoy, se escribe con la intención de que constituya una especie de informe oficial de la expedición, una presentación de resultados ante la Corona. Carvajal, un hombre fiel a Orellana, quiere a través de él asentar la posición de su jefe en la empresa conquistadora: por una parte despertar el interés de la Corona hacia ese territorio desconocido dejando entrever sus potencialidades por medio de un lenguaje, el del mito, cuya veracidad no se discutía entonces, con el propósito de conseguir financiación para una nueva expedición cuyo mando reclamaría Orellana para sí ante la Corte; por el otro, exonerar a Orellana de cualquier sospecha de traición a su antiguo jefe Pizarro o al rey, demostrando a través del relato que el episodio de la separación de ambos no se debió a ambiciones personales, pues Orellana pasó de largo por todas las tierras que encontró, decidido primero a informar a su rey sobre sus riquezas y a solicitar de éste el permiso para conquistarlas (**Pérez, 1989:78**).

Para bruñir aún más el resplandor dorado de las nuevas tierras, Carvajal incluye en su relato el fantástico episodio del encuentro con las Amazonas, leyenda que perduraría en las mentes de colonizadores y viajeros europeos hasta bien entrado el siglo XVIII y que ha dado nombre al inmenso río

Aquí dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las Amazonas [...] que estas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaron volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y esta es la cabça por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza; y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus verguenzas con sus arcos y flechas en las manos haciendo tanta guerra como diez indios (**Carvajal, 1992 [1542]: 79-80**)

El pasaje es sin ninguna duda una pieza más de su estrategia propagandística. Carvajal no duda en recurrir a toda una serie de técnicas narrativas de anticipación para concentrar la atención del lector en este episodio, que se convierte en la culminación, el cénit, del relato. El sentido de lo maravilloso queda así reafirmado por un encuentro directo, frente a frente, con una de sus manifestaciones. Está fuera de toda duda que el episodio es total o casi totalmente fruto de la pluma del cronista. En él se ve reflejada la tendencia de los escritores renacentistas a rescatar de las cenizas los mitos

clásicos y ubicarlos en las inmensidades desconocidas del Nuevo Mundo (Ainsa, 1992). ¿Pero por qué el de las Amazonas y no otro cualquiera? Carvajal no debía ser ignorante a toda una tradición de la literatura legendaria sobre exploraciones que asociaba el mito de las Amazonas con fabulosas riquezas o proximidad a las mismas, tradición que había sido iniciada por Marco Polo en su Libro de las Maravillas y que Colón había retomado en sus diarios de viaje para presentar signos de que había encontrado la ruta hacia el Oriente².

El rey acabó celebrando con Orellana unas capitulaciones al más puro estilo colombiano en las que se le encomendaba la conquista y colonización de las nuevas tierras descubiertas, que llevarían el nombre de Nueva Andalucía, con los títulos de adelantado, gobernador y capitán general. Concebida con el ambicioso objetivo de conquista y colonización, la expedición planeaba remontar el río desde su desembocadura, estrategia más racional y viable que las heroicas y desagrantes entradas a través de los Andes.

Partió la expedición de España en mayo de 1545 abocada, sin embargo, al fracaso desde el principio. A pesar de los esfuerzos propagandísticos de Orellana y Carvajal, la Corona no puso demasiado entusiasmo en la empresa y, en consecuencia, su financiación fue deficiente. Problemas de abastecimiento obligaron a recalar en Tenerife primero y en Cabo Verde después, donde Orellana perdió 100 hombres y un barco. La expedición no pudo encontrar el brazo principal del río y vagó durante un tiempo por el laberinto de islas que forman su desembocadura, combatiendo a los indios, el hambre y el clima insano. Orellana moriría de una enfermedad, intentando inútilmente encontrar el paso, hacia noviembre de 1546 y los restos de su maltrecha expedición arribaban tiempo después a la Isla Margarita (Furneau, 1970)

La muerte de Orellana no significó el fin de los sueños de conquista de Eldorado amazónico. Al contrario, alentadas por la narración de Carvajal, sus noticias cobraban cada vez más fuerza, comenzando a ser incorporadas en el discurso oficial de la administración española (Santos, 1980: 70). Fue quizás ese aura lo que hizo que Felipe II, en 1557, reservara a la Corona la prerrogativa de otorgar o no licencia para realizar nuevas entradas. Las expediciones a partir de esa fecha ya no serán empresas privadas de los conquistadores sino verdaderas empresas oficiales organizadas desde el Virreinato del Perú. Por razones que desconocemos, los españoles jamás volvieron a intentar la penetración por las bocas del Amazonas y siguieron prefiriendo la tortuosa ruta transandina. En 1557, Arias Dávila intentó encontrar Eldorado en el Huallaga y en 1560 el Gobernador Pedro de Ursúa volvería a recorrer de nuevo el Amazonas en su busca, en una expedición que bautizada para la posteridad como «*Jornada de Omagua y Dorado*», título de la crónica que de la expedición de Ursúa escribe el bachiller Francisco Vázquez, quien no deja lugar a dudas de que la entrada fue planeada con el objetivo expreso de encontrar Eldorado por el río Marañón abajo (Vázquez, 1987 [1561]: 26). Por lo demás, las noticias de Carvajal habían despertado la apetencia por nuevos objetivos de conquista, entre los que los ávidos buscadores de reinos destacaron la provincia de Omagua a cuya construcción fantástica contribuyeron sin duda las noticias que de su poderoso cacicazgo circulaban entre los pueblos del Amazonas y

² De la isla de Matinino dixo aquel indio que era toda poblada de mujeres sin hombres, y que en ella ay mucho «tuob», qu'es oro o alambre, y que es más al Este de Carib (Cristóbal Colón, en Pérez 1989: 82)

que quedó ambiguamente atrapada en la leyenda de Eldorado. Así, si bien en la crónica de Vázquez se la señala como una tierra diferente a la de Eldorado, la relación entre ambas es estrecha.. La tierra de Omagua es signo de proximidad a Eldorado pero es también un sustituto de este, un objetivo *per se*.

Extrañamente no se menciona la tierra de las Amazonas como uno de los objetivos de Ursúa, a pesar de que fuera este, y no los otros, el mito que más habría de perdurar y del cual tomaría el gran río su nombre definitivo. En cualquier caso, la expedición, organizada sobre tan ambiciosas expectativas, se enfrentaría al decepcionante contraste entre la realidad y el mito. La crónica de Vázquez es la de un hombre realista y lógico desconcertado porque no encuentra las ricas provincias de las que hablaba Carvajal (**Vázquez, 1987 [1561]: 39**). La frustración generada entre los hombres ante tan decepcionante contraste entre la realidad y sus fantásticas expectativas daría al traste con la aventura, provocando el famoso episodio de la rebelión de Lope de Aguirre, capitán segundón de la expedición que ante la sospecha de que pretenden dar la orden de regreso, asesina a Ursúa y sus lugartenientes tomando el mando de la expedición (**Bayo, 1913**). Lope de Aguirre, loco egregio de la epopeya española en América, es una figura trágica que intenta mantener en pie con la violencia y la muerte el sueño utópico de la América imaginaria, esa utopía que buscaban tantos y tantos conquistadores del pueblo bajo como modo de liberarse de las cadenas de la pobreza y la sumisión al poder. Porque sólo un fortísimo deseo de liberación puede explicar el afrontamiento de tantas penalidades en busca de un sueño. Para los pobres de Castilla aún desembarazándose de los cordajes de una estructura social piramidal y legitimada por la divinidad (reyes y nobles por derecho divino) el Nuevo Continente debe haber supuesto la única posibilidad de revolución social que podía concebirse: en términos mágico-utópicos. Encontrar el reino maravilloso que te colme de riquezas, te de la vida eterna o la eterna juventud... La rebelión del capitán Aguirre puede quizá entenderse como un rechazo visceral a la negación de ese sueño por parte del noble Ursúa. Y en su orgía de sangre y rabia contra los privilegiados que pueden permitirse una mirada más realista porque no necesitan la utopía, Aguirre desconoce al rey de España nombrándose él mismo rey entre sus soldados. Como señala y desarrolla magistralmente Carlos Fuentes en su pieza dramática *Todos los gatos son pardos*, sobre la conquista de México por Hernán Cortés (**Fuentes, 1970**), el arquetipo histórico del conquistador se encuentra en la encrucijada de la modernidad y el medioevo: agarrado a la cruz y la espada de la reconquista y de la cruzada, obnubilado por resplandores milenaristas, encarna al mismo tiempo la voluntad del individuo moderno, aquel que quiere construirse a sí mismo, el que se abre camino en un mundo en el que ya no cuentan tanto la sangre o el estamento como el mérito personal, la capacidad y el esfuerzo individual. La epopeya americana es el acto de afirmación de esa voluntad de ser del pueblo castellano, un movimiento de liberación de las cadenas del señorío y del estamento para formar sociedades de hombres iguales. Sólo que este impulso moderno sólo se verá realizado con el trasplante de la vieja estructura feudal al nuevo mundo, ayudada y justificada por unos valores etnocéntricos y racistas de nuevo cuño. La sociedad que finalmente nace del milenio doradista no es la de ciudadanos iguales ante la ley sino la de oligarcas blancos señores de indios, negros y razas mezcladas.

La expedición de Ursúa marcaría también el principio del fin de la época doradista. Vázquez se encargaba en su crónica de desmentir las leyendas tejidas por Carvajal. Al continente se le acababan los rincones inexplorados y Eldorado no aparecía por ningún sitio. Ante tantos fracasos y tanto derroche inútil de hombres y de bienes, el virrey

Toledo puso fin a las entradas exploratorias de carácter militar. En 1595 Sir Walter Raleigh aún buscaría Eldorado por el Orinoco, y puede decirse que esa expedición cerraba cuasidefinitivamente la búsqueda de aquella utopía (**Buckmaster, 1964**).

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsa, Fernando, 1992. *De la edad de oro a El Dorado: génesis del discurso utópico americano*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bayo, Ciro, 1913. *Los marañones (Leyenda áurea del Nuevo mundo)*, Imprenta de E. Bailly-Baillière, Madrid.
- Buckmaster, Henrietta, (pseud). 1964. *Walter Raleigh: man of two worlds*, Random House, New York.
- Cobo, Juan Gustavo (ed.), 1987. *Fábulas y leyendas de El Dorado*, Tusquets Editores Barcelona.
- De Carvajal, Gaspar, 1992, *Relatorio do novo descobrimento do famoso Rio Grande descoberto pelo Capitao Francisco de Orellana (Edição bilingüe)*, Ed. Scritta, Brasilia.
- Fuentes, Carlos, *Todos los gatos son pardos*, Siglo XXI, México, 1970.
- Furneaux, Robin, 1970, *The Amazon. The story of a great river*, G.P. Putnam's sons, New York.
- Latorre, Octavio, 1995. *La expedición a la Canela y el descubrimiento del Amazonas*, Quito, Ecuador.
- Lummis, Charles, 1987 [1922], *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- Pérez, María Teresa, 1989, *El descubrimiento del Amazonas. Historia y mito*. Ed. Alfar, Sevilla.
- Santos, Fernando, 1980. *Etnohistoria de la Alta Amazonia. Siglos XV-XVIII*. Colección 500 años, n° 46. Abya-Yala, Quito.
- Vázquez, Francisco, 1987, *Relación de todo lo que sucedió en la Jornada de Omagua y Dorado, que el gobernador Pedro Orsúa fue a descubrir con poderes y comisiones que le dio el Virrey Marqués de Cañete, Presidente del Pirú. 1560-61*. Ediciones Grech.
- Viéitez Cerdeño, Soledad. 1992. *El Amazonas: perspectiva etnohistórica*. Colección Akal Las Américas, n° 17. Madrid.